

p o l i f o n í a s

Nova, en todo sentido

Tuve la suerte de conocer a Jacqueline Nova siendo director de la Radiodifusora Nacional de Colombia. En ese cargo había confirmado que la sensibilidad musical colombiana no lograba o no quería trasponer el mundo sonoro del siglo XIX, pese a los esfuerzos de músicos nuestros como Uribe Holguín, en ese momento ya casi septuagenario, o de Blas Emilio Atehortúa. Un día de 1969 entró a la Radio, que se abría sin exigir a nadie documentos a la entrada ni someterse a detectores, una joven que unos meses antes había llegado de Buenos Aires con nuevos aires: Jacqueline Nova.

No soy musicólogo, la música es sólo mi amada imposible, pues no merecí ser compositor ni mucho menos. Por eso seguiré agradecido de la charla que tuve con Jacqueline en esa oficina que casualmente daba frente a la sucesión de horizontes de los cerros bogotanos, y espaldas al cementerio central; Jacqueline, asomándome a las aventuras exploradoras de la nueva música, hasta identificarnos, por ejemplo, en que Mozart o Beethoven no se limitaron a ser los centros solares de un sistema sin salida: siempre nos convidan a subir la escala de la constelación que sigue.

Fue tan grata y natural esa aproximación de maestra a discípulo, tal vez porque yo tenía 35 años y ella, precoz hasta en su muerte, era menor que yo. Ahí, señalándome la tendencia del mundo a petrificarse, en una época en que el neoclásico Stravinsky era considerado loco futurista y *La noche transfigurada* de Schönberg, antes del dodecafonismo, con toda su pasión, su soledad y su esperanza humanas, eran incomprensibles para nuestra pasión, nuestra soledad y nuestras esperanzas humanas. La Radio le ofreció uno de sus estudios, modestos nichos donde compositores y ejecutantes podían encerrarse con su libertad creadora. En esa Radio realizaría más adelante su programa "Asimetrías". No la volví a ver con la frecuencia que yo necesitaba para enriquecerme de ella, de su clara visión de las atroñas culturales, que son fruto de los saqueos económicos, que son tragedias sociales, tragedias de la humanidad, impedida de arte, de esencia infinitamente perfectible.

En un país simétrico, en el que todas las frustraciones se corresponden, y que marcha simétricamente del porvenir hacia la Inquisición, la obra nova de Jacqueline volverá y será comprendida luego de muchas asimetrías. Pero volverá.

**Germán Pinzón
Bogotá, mayo, 2000**